

GUZEL YÁJINA

ZULEIJÁ ABRE
LOS OJOS

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE JORGE FERRER

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Зулейха открывает глаза*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Guzel Yájina

Este libro ha sido negociado a través de Elkost Literary Agency

© de la traducción, 2019 by Jorge Ferrer Díaz

© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Haciendo una trenza* (1888), de Christian Krohg

ISBN: 978-84-17346-55-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 5490-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Mapa. El trayecto de Zuleijá a través de Rusia</i>	6
---	---

PRIMERA PARTE UN POLLO MOJADO

Un día	1 1
Un golpe en la ventana	47
El encuentro	72

SEGUNDA PARTE ¿ADÓNDE?

En camino	99
El café	119
Kazán	144
A la espera de reclamación	168
La fuga	196
La barcaza	222

TERCERA PARTE VIVIR

Treinta	253
El parto	270
El primer invierno	294
El poblado	342
Un buen hombre	382
Semrug, el rey de los pájaros	412
Cuatro ángeles	431
La tienda negra	457

CUARTA PARTE EL REGRESO

La guerra	485
Yuzuf y Zuleijá	506
<i>Glosario de palabras y expresiones tártaras</i>	539



Mar de Kara

EL TRAYECTO DE ZULEIJÁ A TRAVÉS DE RUSIA

REPÚBLICA SOCIALISTA FEDERATIVA
SOVIÉTICA DE RUSIA



MONGOLIA

0 200 400 600 800 km

PRIMERA PARTE
UN POLLO MOJADO

UN DÍA

Zuleijá abre los ojos. Está oscuro, como en una bodega. Al otro lado de la fina cortina, los soñolientos gansos se lamentan. El potrillo de un mes retuerce la boca en busca de la ubre materna. Detrás de la ventanita que hay en lo alto de la cabecera de la cama, la ventisca de enero sopla su sorda queja. No obstante, el frío exterior no se cuela por las rendijas, gracias a que el previsor Murtazá selló las ventanas antes de la llegada del invierno. Un buen amo de casa, Murtazá. Y también un buen marido. Ahora ronca abundante y ruidosamente en su lado de la estancia, el lado reservado a los hombres. Duerme, duerme, Murtazá, que el sueño más profundo es el que se tiene antes del amanecer.

En marcha, pues. ¡Que Alá Todopoderoso me permita llevar a cabo lo que me he propuesto para hoy! Y que no se despierte nadie.

Cuidándose de no hacer ruido, Zuleijá coloca un pie descalzo en el suelo. Y a continuación el segundo. Se apoya en la estufa y se levanta. El calor se ha esfumado durante la noche y ahora la estufa está fría. El gélido suelo le quema las plantas de los pies. Prescinde de las botas de fieltro pues sabe que si se las calzara el suelo de madera crujiría. No importa. Se aguanta. Asida a la rugosa pared de la estufa, avanza hacia la salida de su lado de la estancia, el de la mujer. El espacio es muy justo, muy estrecho, pero Zuleijá conoce de memoria cada esquina, cada saliente, porque lleva media vida yendo y viniendo de un lado al otro, como un péndulo: de los fogones, cargada de tazones humeantes, a la parte de Murtazá, y desde allí, más tarde, de vuelta con los tazones ya vacíos y fríos.

¿Cuántos años lleva casada? Unos quince de sus treinta años de edad, ¿no? Probablemente ya sea más de la mitad

de su vida. Habrá que pedirle a Murtazá un día que esté de buenas que eche las cuentas.

Debe evitar que los pies se le enreden en el tapete. Debe cuidarse de golpear con el pie desnudo el arcón guarnecido de hierro que tiene a la derecha. Sortear esa tabla que cruje donde la tarima se encuentra con el lateral curvo de la estufa. Escurrirse a través de la cortina de calicó que separa las dos partes de la estancia, la que ocupa ella y la que ocupa Murtazá... Ahora sí que tiene la puerta al alcance de la mano.

Los ronquidos de Murtazá resuenan muy cerca. Duerme, duerme, por Alá te lo ruego. No está bien que una mujer ande escondiéndose de su marido, pero qué le va a hacer, si a veces es menester pasar inadvertida.

Lo importante ahora es guardarse de despertar a los animales. En esta época del año suelen pasar la noche en el cobertizo de invierno, pero cuando el frío aprieta Murtazá manda meter en la casa principal a las aves y el potrillo. Los gansos permanecen quietos, pero el joven potro golpea el suelo con sus pequeños cascos y sacude la cabeza. ¡Se ha despertado el diablillo! Saldrá un buen caballo de este potro. Un caballo muy espabilado. Zuleijá alarga el brazo hasta el otro lado de la cortina y acaricia el hocico de terciopelo. Tranquilo, que soy yo. El potro agradece la caricia y resopla mientras frota los ollares contra la palma de la mano. La ha reconocido. Zuleijá se seca los dedos húmedos frotándolos contra el camisón y empuja suavemente la puerta con el hombro. Forrada de fieltro para el invierno, la puerta se resiste al empujón, pero acaba cediendo y una afilada y gélida nube se cuelga por la rendija abierta. Zuleijá levanta bien la pierna para traspasar el umbral. ¡A ver si iba a pisarlo precisamente ahora y atraer a los malos espíritus! ¡Alá me libre de ello! Ya ha alcanzado el zaguán y, volviéndose de espaldas a la puerta, se apoya en ella y la abre.

Gracias a Alá, una parte del camino ha quedado atrás.

En el zaguán hace tanto frío como en la calle. Un frío que

le hiere la piel. El camisón no alcanza a calentarla. Chorros de aire helado se cuelan por las rendijas del suelo y golpean sus pies descalzos. Pero lo terrible no es eso, no.

Lo terrible es lo que se esconde tras la puerta que tiene enfrente.

La *Ubyrly karchyk*. Es decir, la Vampira. Así la llama Zuleijá para sus adentros. Gracias al Altísimo la suegra no vive con ellos bajo el mismo techo. La casa de Murtazá es grande y la integran dos isbas unidas por un zaguán común. El día que Murtazá, a la sazón un hombre de cuarenta y cinco años, se trajo a Zuleijá, entonces una joven de quince años, a casa, la Vampira cargó sus baúles, hatos de toda suerte y piezas de vajilla, y se fue a la isba antes destinada a los huéspedes. Se mudó con el dolor del martirio dibujado en el rostro y cuando su hijo hizo ademán de prestarle ayuda, le espetó un rotundo: «¡Aparta esas manos!». Una vez en sus nuevas dependencias, estuvo dos meses sin dirigir la palabra a Murtazá. Ese mismo año comenzó a perder la vista deprisa e irremediamente. Y poco después la alcanzó también la sordera. Apenas dos años más tarde, ya se había quedado completamente ciega y estaba sorda como una tapia. No obstante, se había tornado muy locuaz y no había manera de hacerla callar.

La edad exacta de la Vampira es un misterio. Ella suele decir que tiene cien años. No hace mucho Murtazá se sentó a echar cuentas y después de un buen rato concluyó que su madre tenía razón y que debía de frisar en los cien años. Él mismo, que ya es un anciano, fue un hijo tardío.

La Vampira suele despertar la primera y sacar al zaguán un tesoro que guarda con mimo. A saber, su delicado orinal de una porcelana blanca como la leche, decorado con unos bonitos acianos de color azul y cerrado con una caprichosa tapa: un regalo que Murtazá le trajo en una ocasión de Kazán. A Zuleijá le correspondía acudir a la carrera a la llamada de la suegra, vaciar la valiosa vasija y lavarla con sumo cuidado,

para inmediatamente después encender la estufa, poner a cocer la masa y sacar a la vaca a pastar. ¡Y más le vale no quedarse dormida y saltarse esas primeras tareas del día! En sus quince años de matrimonio, Zuleijá se ha quedado dormida dos veces. Se tiene prohibido a sí misma recordar lo que siguió a aquellas dos faltas.

Por ahora todo está en silencio. ¡Andando, Zuleijá! ¡Date prisa, pollo mojado! La Vampira fue la primera en endilgarle ese mote: *zbebeguián tavyk*, pollo mojado. Y, poco a poco, sin darse cuenta de ello, Zuleijá comenzó a llamarse a sí misma de esa manera.

Ahora se hunde en la oscuridad del zaguán y busca las escaleras que conducen al desván. A ciegas, alcanza la bien pulida barandilla. Las tablas heladas de los empinados escalones acogen sus pisadas con un suave lamento. Arriba, el olor a madera fría, a polvo helado y hierbas secas acompaña el leve aroma de la carne de ganso curada. Zuleijá trepa deprisa. Pegada al tejado, la ventisca se oye con más fuerza. El viento golpea el tejado, se lo oye ulular en las esquinas.

Zuleijá decide moverse a gatas por el desván, porque si anduviera los tablones crujirían directamente sobre la cabeza de Murtazá y el ruido podría despertarlo. En cambio, avanzando a gatas puede colarse bien hasta el fondo del desván, porque es tan ligera que a Murtazá no le cuesta esfuerzo izarla con una sola mano, como a un carnero. Se sube el camisón hasta el pecho para evitar que se ensucie de polvo, hace un nudo arriba, lo sujeta con los dientes y continúa abriéndose paso a ciegas entre las cajas, los bultos, diversos enseres de madera, salvando con cuidado los travesaños. Su frente topa con la pared por fin. ¡Ya era hora!

Zuleijá se empina lentamente y se asoma al ventanuco del desván. La grisácea penumbra que precede al alba apenas deja ver los patios llenos de nieve de su natal Yulbash. Murtazá los contó una vez y dijo que había más de cien patios en total. Un pueblo bastante grande, la verdad sea dicha. El ca-

mino que lo atraviesa serpea como un río hasta perderse a lo lejos. Ya hay luz en algunas casas. ¡Date prisa, Zuleijá!

Se levanta por fin y estira los brazos hacia lo alto. Agarra algo que es a la vez pesado y suave al tacto, aunque está cubierto de granos: es una pieza de ganso curado. El estómago le da un vuelco y emite un exigente rugido. No, llevarse un ganso sería demasiado. Deja el ave en su sitio y sigue buscando. ¡Ahora sí! A la derecha del ventanuco hay colgados unos lienzos grandes y pesados, endurecidos por el frío, que despiden un ligero olor a fruta. Son láminas de manzana, hechas de fruta cocida en el horno con esmero, aplastada después con el rodillo sobre anchos paneles, secada con mimo en el tejado para incorporar el cálido sol de agosto y los frescos vientos de septiembre. Uno puede tomar un pequeño bocado y chuparlo un largo rato empujando el áspero trozo contra el paladar o llenarse la boca con un buen trozo de lámina y mascar la correosa masa, escupiendo de vez en cuando las semillas en la palma de la mano... La boca se te llena enseguida de saliva.

Zuleijá arranca dos láminas de la cuerda de la que cuelgan, las enrolla en un fino tubo y se lo guarda bajo el brazo. Después palpa las láminas que quedan. Todavía hay un buen montón. Murtazá no se percatará del hurto.

Ahora toca desandar el camino.

De rodillas, Zuleijá se arrastra de vuelta a la escalera. El rollo que lleva bajo el brazo le impide avanzar deprisa. ¡Ay, pollo mojado! ¿Cómo no se te ha ocurrido coger algún zurron en el que llevarte lo que alcanzaras a coger? Las escaleras las baja despacio, porque a causa del frío no siente los pies, y los va apoyando en los escalones de costado. En el mismo instante en que alcanza el último escalón, la puerta de la isba de la Vampira se abre de golpe y la silueta clara e imprecisa de la suegra se dibuja sobre el vano oscuro. El pesado bastón golpea el suelo.

—¿Quién anda ahí?—pregunta por lo bajo la Vampira a la oscuridad con su voz hombruna.

Zuleijá se ha quedado de piedra. El corazón le da saltos. Un peso, como una bola de hielo, le aplasta la barriga. No ha conseguido salirse con la suya a tiempo... Y ahora la lámina de manzana ha comenzado a reblandecerse, a fundirse casi, bajo el sobaco.

La Vampira avanza un paso. Después de quince años de ceguera, se ha aprendido la casa de memoria y se mueve en ella con seguridad, sin trabas.

Zuleijá trepa dos escalones y aprieta con el codo el rollo que ha comenzado a descomponerse.

La anciana levanta el mentón y lo dirige primero a un lado y después al otro. No oye nada; tampoco ve. Pero es capaz de sentir, la vieja Vampira. No hay otra manera de llamarla. Vampira y punto. El bastón golpea el suelo de nuevo, cada vez más arriba. Y más cerca, más cerca. ¡A ver si va a acabar despertando a Murtazá!

Zuleijá sube de un salto unos escalones más, se aprieta contra la barandilla, se pasa la lengua por los labios resecos.

La silueta blanca se detiene al pie de las escaleras. Se oye claramente cómo la anciana olfatea el ambiente, inspirando con fuerza por la nariz. Zuleijá se lleva las palmas de las manos a la cara. ¡Claro que huelen a ganso curado y a manzanas! De repente, la Vampira se abalanza hacia las escaleras y golpea los escalones con el largo bastón, como si blandiera una espada y quisiera cortarlos en dos mitades. La punta del bastón produce un silbido y pega con fuerza contra el escalón a medio dedo de distancia del pie descalzo de Zuleijá. Zuleijá siente que el cuerpo apenas le responde ya, que está a punto de desplomarse sobre los escalones. Si la Vampira pega otro bastonazo... Pero en eso se echa hacia atrás, mascullando alguna cosa, y recoge el bastón. El último golpe seco que resuena en la oscuridad se lo lleva el orinal llenado durante la noche.

—¡Zuleijá!—retumba el grito de la Vampira dirigido a la isba que ocupa su hijo.

Así suelen comenzar los días en la casa.

Zuleijá traga un buche de saliva espesa que baja por la garganta reseca. ¿De veras ha conseguido salir de ésta? Baja las escaleras dando breves pasitos. Espera unos instantes.

—¡Zuleijá!—se oye de nuevo.

Ahora sí toca aparecer. Porque a la suegra no le gusta repetir tres veces las cosas. «Ya llego, ya llego, mamá», dice como si asomara de repente y coge de sus manos el pesado orinal cubierto de un sudor cálido y pegajoso, como cada mañana.

—Ahora apareces, pollo mojado—se queja la otra—. No sabes más que dormir, inútil.

Es posible que el revuelo haya despertado ya a Murtazá y se asome al zaguán en cualquier momento. Zuleijá aprieta con más fuerza las láminas de manzana que lleva bajo el brazo (¡a ver si las va a perder en la calle ahora!), mete los pies en unas botas de fieltro que no sabe si son las suyas y sale a la calle a la carrera. La ventisca la golpea en el pecho y la aprieta, como en un puño, tratando de arrojarla al suelo. El viento se cuele en el camisón y lo levanta de golpe como si fuera una campana. La nieve caída durante la noche ha inundado el portal y Zuleijá tiene que bajar los escalones adivinándolos a duras penas. Hundida en la nieve hasta la rodilla se encamina a la letrina a trompicones. Pugna con el viento para abrir la puerta. Arroja el contenido del orinal en el agujero helado. Cuando vuelve a casa, no ve a la Vampira, que ha vuelto a encerrarse en sus aposentos.

Murtazá, que acaba de levantarse de la cama, la recibe en el zaguán. Lleva una lámpara de keroseno. Sus cejas abundantes apuntan al tabique nasal, mientras las arrugas que surcan sus mejillas arrugadas por el sueño parecen cortadas a cuchillo.

—¿Estás tonta, mujer? ¡Con esta ventisca y en camisón!

—Sólo he ido un momentito a vaciar el orinal de mamá y ya estoy de vuelta...

—¿Es que buscas ponerte mala para escurrir el bulto medio invierno y echarme toda la casa sobre los hombros?

—¿Pero qué dices, Murtazá? ¡Si no he cogido nada de frío! ¡Mira!—dice Zuleijá.

Y le extiende las palmas de las manos, brillantes y rojas, mientras aprieta los codos contra las caderas. Las láminas de manzana se agitan bajo los sobacos. ¿Se verán ahora que el camisón se ha mojado con la nieve y transparenta?

Enfadado como está, Murtazá no se molesta en mirarla. Lanza un escupitajo, se acaricia el cráneo cortado a cepillo con la mano abierta y se arregla la barba revuelta.

—Dame de comer—le ordena. Y añade—: Y en cuanto acabes con el patio, prepárate para salir, que nos vamos a buscar leña.

Zuleijá asiente con una gran inclinación de cabeza y se pierde tras la cortina de calicó.

¡Lo ha conseguido! ¡Se ha salido con la suya! ¡Eres un as, Zuleijá! ¡El pollo mojado se las sabe todas! Lleva bien sujeta la presa que ha capturado: dos sabrosísimas láminas de manzana como dos lienzos, arrugadas, más enrolladas de la cuenta y ya casi fundidas entre sí. Se pregunta si conseguirá entregarlas hoy mismo. Y dónde esconder tamaño tesoro. De dejarlo en la casa ni hablar, porque la Vampira tiene por costumbre hurgar en todas partes cuando se queda sola. Tendrá que llevarlas consigo, por peligroso que resulte hacerlo. Pero parece que hoy Alá está de su parte, así que se arriesgará.

Zuleijá enrolla con más fuerza las láminas de manzana hasta convertirlas en una cuerda que se ata en torno a la cintura como un cinturón. Encima se pone la camisa, el *kulmek* y los zaragüelles. Después se hace la trenza y se cubre la cabeza con el pañuelo.

La pálida luz de la mañana de invierno va despejando la espesa penumbra que se extiende al otro lado del ventanuco que hay encima de la cabecera de la cama. Zuleijá aparta las menudas cortinas. Se está mejor ahora que a oscuras. La lámpara de keroseno que hay junto a la estufa arroja un poco de luz hacia su lado de la estancia, pero el ahorrativo Murtazá

ha ajustado tanto la mecha del quemador que la llama apenas despunta. Aunque eso no es un problema, porque Zuleijá se las puede apañar muy bien allí hasta con los ojos vendados.

Un nuevo día comienza.

La ventisca matinal amaina antes de mediodía y el sol asoma a un cielo coloreado de un intenso azul. Murtazá y Zuleijá salen a por leña.

Zuleijá va sentada de espaldas a Murtazá en la parte trasera del trineo y mira alejarse las últimas casas de Yulbash. Casas pintadas de verde, de amarillo o de azul oscuro, que asoman entre los montones de nieve como setas fulgurantes. Altas columnas de humo, como cirios blancos, se desvanecen sobre el intenso azul del cielo. La nieve crepita con sabrosa fuerza bajo los patines del trineo. *Sandugach*, «el pequeño ruiseñor», respala y sacude las crines a cada rato para librarse del frío. La piel de oveja sobre la que va sentada Zuleijá la calienta bien. Y las benditas láminas de manzana también le calientan el vientre. ¡Ay, si me diera tiempo a llevarlas hoy!

Los brazos y la espalda le duelen lo suyo. La nieve no ha parado de caer en toda la noche y Zuleijá ha tenido que afanarse con la pala para rebajar los montones acumulados en el patio, limpiar los caminos que unen el portal y los graneros—el principal y el accesorio—, los que comunican la casa con la letrina, el cobertizo de invierno y el corral posterior. Después de tanto trabajar, resulta una bendición poder estarse tirada a la bartola en el trineo que avanza rítmicamente, acomodarse a gusto, bien acurrucada en la olorosa zamarra, esconder las heladas manos en lo profundo de las mangas, clavar el mentón en el pecho y cerrar los ojos...

—Despierta, mujer, que ya hemos llegado.

Enormes árboles rodean el trineo. Blancas almohadas de nieve reposan en los brazos de los abetos y las frondosas copas de los pinos. La escarcha pende de las ramas, formando

hilillos finos y largos como cabellos de mujer. Las moles de nieve se alzan por doquier. El silencio, que es absoluto, se extiende por muchas verstas a la redonda.

Murtazá ata las raquetas a las botas de fieltro, salta del trineo, se echa la escopeta al hombro y sujeta el hacha en el cinturón. Después agarra dos palos que le servirán de bastones y, sin mirar atrás, echa a andar con paso resuelto bosque adentro. Zuleijá sigue el sendero que los pasos de su marido van dibujando.

El bosque que se extiende al fondo de Yulbash es rico y ofrece dones en abundancia. En verano, regala fresones y dulces frambuesas y en otoño es pródigo en olorosas setas. Lo habita mucha fauna. Desde el fondo del bosque mana el Chishmé, que la mayor parte del año es un río de corriente calma y caudal escaso, abundante en peces veloces y pesados cangrejos, mientras que en primavera se convierte en una corriente brava y pugnaz alimentada por mucha nieve derretida y engordada por el barro. Ellos dos, el bosque y el río, fueron los genuinos salvadores de los vecinos de Yulbash durante la Gran Hambruna. Además de la caridad de Alá, naturalmente.

Hoy Murtazá se ha adentrado muy lejos en el *urmán*. Casi ha llegado hasta el final del sendero que se interna en la floresta. Un camino abierto muchos años atrás que penetra hasta los límites de la parte transitable del bosque, antes de acabar de golpe en un calvero rodeado por nueve pinos torcidos, al que todos llaman el Último calvero. A partir de ese punto no hay más camino que seguir. A partir de ese punto el bosque como tal se acaba y comienza una sucesión de matorrales que crecen sobre terreno pantanoso, una espesura sin orden ni concierto, hogar de múltiples fieras salvajes, espíritus del bosque y toda suerte de entes malignos. En el bosque pantanoso crecen por doquier abetos centenarios con la corteza ennegrecida y las copas acabadas en punta, como cascos. Y crecen tan juntos que difícilmente un caballo se po-

dría internar en él. Los árboles más jóvenes y de corteza más clara, como pinos rojizos, abedules moteados o grises robles, no crecen en ese suelo.

En el pueblo dicen que si uno atraviesa esa maraña de bosque y camina durante muchos días con el sol a la espalda puede llegar hasta la tierra habitada por el pueblo mari. Pero a nadie en su sano juicio se le ocurriría emprender ese viaje. Ni siquiera en los años de la Gran Hambruna los pobladores de Yulbash se atrevieron a poner un pie más allá del Último calvero y prefirieron roer las cortezas de los árboles, moler las bellotas que crecían en los robles y cavar en las madrigueras de los ratones de campo en busca de semillas. Pero nunca se atrevieron a internarse en el bosque pantanoso. Y si alguno lo hizo, ya no se volvió a saber de él.

Zuleijá se detiene un instante y deja reposar en la nieve el cesto grande que ha traído para cargar la chamarasca. Echa un vistazo en derredor con preocupación. Hace mal Murtazá en adentrarse demasiado en el bosque.

—¿No está bien ya, Murtazá? Ni siquiera distingo a la yegua en la espesura.

El marido no responde y continúa avanzando con el cuerpo hasta la cintura en la maraña virgen, mientras se apoya con los largos bastones en los montones de nieve y va aplastando la quebradiza nieve con las grandes raquetas que lleva sujetas a las botas de fieltro. Unas nubes de vapor helado se levantan sobre su cabeza de cuando en cuando. Finalmente, se detiene junto a un abedul alto y espigado en cuyo tronco crece un exuberante hongo y lo golpea suavemente, mientras asiente. Ése es el árbol elegido.

Primero hay que apisonar la nieve en torno al árbol. Después Murtazá se quita la zamarra, agarra el mango curvo del hacha con fuerza, señala con la cabeza del hacha al claro entre los árboles donde debería caer el que se dispone a talar y comienza la tala.

El filo del hacha resplandece al sol y se clava en el costa-

do del abedul con un sonoro chac. «Ac, ac», repite el eco. El hacha hace mella en la corteza gruesa, erizada de granos de color negro repartidos caprichosamente, y se clava después en la pulpa rosada y tierna. Las astillas salpican como lágrimas. El eco resuena en todo el bosque.

De pie a unos pasos de distancia, con la nieve hasta la cintura y abrazando el cesto, Zuleijá observa a su marido golpear el árbol. «Seguro que esos golpes se oirán en todo el *urmán*», piensa alarmada. Murtazá se estira cada vez, levanta el hacha, dobla el tronco, tensa la espalda, mide el golpe y lo asesta con fuerza en la blanca y astillada herida abierta en el flanco del árbol. ¡Es fuerte como un tronco, Murtazá! ¡Y alto! Encima, es de los que no se arrugan a la hora de trabajar. Tuvo suerte con el marido que le tocó. Quejarse de él sería pecado. Ella, entretanto, es una enana que no le llega ni a la altura del hombro al marido.

Muy pronto los estremecimientos y lamentos del abedul arrecian. La herida que el hacha ha abierto en el tronco parece una boca abierta que lanzara un grito mudo. Murtazá arroja el hacha a un lado, se sacude ramitas y virutas y le hace un gesto a Zuleijá. Que ayude. Juntan los hombros al rugoso tronco y empujan a una. Más. ¡Más! Por fin, un crujido estridente anuncia la caída del árbol. Un gemido postrero precede a la nube de polvo de nieve que se eleva al cielo.

Murtazá se sienta a horcajadas sobre el árbol vencido y corta a hachazos las ramas más gruesas. Zuleijá se ocupa de las más pequeñas, que va juntando en el cesto junto a la chamarasca. Trabajan largo rato en silencio. La cintura de Zuleijá sufre el esfuerzo y los hombros le pesan. Por mucho que las lleve embutidas en los guantes, las manos se le hielan.

—¿Es cierto que, de joven, tu madre permaneció unos días en el *urmán* que crece en el pantano y después volvió sana y salva?—pregunta Zuleijá, que se ha erguido y flexiona la cintura para aliviar el dolor—. A mí me lo dijo la *abystái* y a ella se lo contó su abuela.